

La Imprenta de Martín Biedma (1872-1910)

por Josefina Cabo
(Universidad de Buenos Aires)

RESUMEN

Establecida en 1872, la imprenta de Martín Biedma se convirtió pronto en uno de los talleres gráficos porteños más importantes entre el último cuarto del siglo XIX y el Centenario, y logró reputación por la calidad de sus impresiones. Su crecimiento se dio en un momento de auge de la industria del libro en Buenos Aires, en que se implementaron cambios que modernizaron el oficio del tipógrafo y los talleres de impresión. La primera edición de Potpourri (1882), de Eugenio Cambaceres, es evaluada en relación con el desarrollo y las características de la imprenta y el período.

Palabras clave: imprenta – Martín Biedma – Potpourri – Siglo XIX.

ABSTRACT

Established in 1872, the printing house of Martín Biedma soon became one of the most important publishers in Buenos Aires between the last quarter of the 19th century and the Centennial, and earned a reputation for the quality of its products. Its growth took place in a flourishing period of book industry in Buenos Aires, during which various improvements were made to modernize the profession of typographer and the printing establishments. The first edition of Potpourri (1882), by Eugenio Cambaceres, is considered in relation with the development and characteristics of this particular printing house and the epoch in question.

Keywords: printing – Martín Biedma – Potpourri – 19th century.

En el primer Censo Argentino (1869), el joven Martín Biedma se registra como “dependiente”.¹ Pero no pasará mucho tiempo para que se convirtiera en dueño de un taller de impresión que habrá de ser de los más importantes entre el último cuarto del siglo XIX y los años del Centenario. En 1872, Biedma funda su establecimiento bajo el nombre de “Imprenta Rural”, y ya en 1875 empieza a utilizar su nombre propio para denominarlo.²

¹ Dado que hay información contradictoria sobre el año en que nació Biedma, seguimos a Ricardo Piccirilli et al (1953) y Domingo Buonocore (1974), que coinciden en fecharlo en 1847.

² Para establecer las fechas, sigo a Domingo Buonocore (1974). Durante sus primeros años, la imprenta funcionó bajo el nombre de “Imprenta Rural”, de “Martín Biedma y Ca.”. Para esta primera etapa, sugiero consultar el libro *Viñetas: imágenes gráficas, estampas y tipografía en técnicas del pasado. 1858-1958*, de Estela Pagni et al. (2013), que incluye una imagen del logo del comercio y una factura emitida en 1874 en la que se especifica su razón social. Luego, el establecimiento pasaría a llamarse “Imprenta de Martín Biedma”, aunque frecuentemente en los pies de imprenta figuraba como “Imprenta de M. Biedma”, y, excepcionalmente, “Martín Biedma, editor”. Sobre el uso de la categoría de “editor” por las imprentas del período, cf. Pastormerlo (2006).

El desarrollo de los primeros años de la imprenta de Biedma se dio en un momento de auge de la industria del libro en Buenos Aires: para mediados de la década de 1870, en la ciudad había empresas del sector afincadas hacía más de una década –como la Imprenta Coni, la Imprenta y Librería de Mayo de Carlos Casavalle, o Guillermo Kraft– que ya habían logrado hacerse de un nombre y de una tradición; también había crecido el número de imprentas emergentes en general y la cantidad de librerías, cuyo número se multiplicaría exponencialmente hacia la década del 80.³ En este proceso, la preocupación por incorporar avances técnicos a los talleres de imprenta se había extendido, y las mejoras se aplicaban tanto a las maquinarias como a los diferentes objetos que se utilizaban en el proceso de impresión, desde los tipos móviles hasta los diferentes utensilios técnicos que completaban la realización de los trabajos. En este sentido, la Fundición Nacional de Tipos de Imprenta, establecida por Ángel Estrada en 1871, se había convertido en el principal proveedor de productos de calidad para imprentas, y se sumaba a la tarea que estaba realizando José Alejandro Bernheim, quien en 1865 había instalado su taller de litografía y fundición de tipos en Buenos Aires (Garone Gravier y Ares, 2014: 121). Estrada, que importaba y vendía máquinas impresoras de último modelo de Francia, Alemania e Inglaterra, también comercializaba tipos de metal fabricados por su propia empresa siguiendo los estándares de las fundiciones europeas, lo que significó un progreso importante para la industria tipográfica nacional, dado que si bien sus tipos no tenían la excelencia de los importados de Francia, eran de todos modos muy buenos y permitían abastecer de manera más económica gran parte del mercado local, donde la producción de libros de lujo no era tan común.

Las mismas preocupaciones tenía Martín Biedma. Sus talleres de impresión, ubicados, en su inicio, en Belgrano 101, y trasladados luego a un amplio terreno de varios lotes sobre la misma calle (la numeración iba del 133 al 139, según se indica en los pies de imprenta de sus obras), eran de los más modernos y mejor equipados de Buenos Aires. De hecho, por la crónica de la visita a la Fundición Nacional de Tipos de Imprenta que Estanislao Zeballos publica en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, sabemos que en 1876 la imprenta de Biedma era la única en el país que tenía y utilizaba la “máquina prusiana”, que allí se describe como una de las más novedosas. Alemana y de última generación, era valorada porque tenía sus piezas y detalles muy pulidos, y contaba con una mesa de corrección que permitía realizar con mayor facilidad ajustes y modificaciones en la composición tipográfica en caso de que hubiera errores. Además, por su método de distribución de tinta, que en lugar de estar colocada en una mesa se aplicaba en un cilindro en paralelo al tambor de impresión, el carro recorría una distancia menor y se obtenían más ejemplares impresos por hora que con cualquier otro aparato (Zeballos, 1876). Seguramente Biedma estaba al tanto de las novedades, y es muy probable que esta máquina, así como la mayoría de las que usaban las imprentas porteñas y de la campaña bonaerense, haya salido de los depósitos de la Fundición Nacional, que lideraba el mercado como importadora, fabricante y distribuidora. Como una de las hermanas mayores de Biedma, Tomasa, estaba casada con Ángel Estrada, no sería raro que el conocimiento, la elección y adquisición del equipamiento para su taller, además de estar dados por el oficio compartido, tuvieran relación con ese vínculo familiar.

En 1879, un artículo publicado en *El Industrial* –órgano de difusión del Club Industrial Argentino, del cual Biedma era miembro– menciona las varias máquinas de las que el imprentero era propietario: una Marinoni de gran tamaño y dos prusianas (una grande, otra mediana) que funcionaban con motor de vapor. También contaba, entre otros objetos, con una máquina de perforar, una guillotina de gran escala y dos máquinas de prensar (citado por Ugarteche 1929: 376).

El buen equipamiento del taller y la calificación de los operarios produjeron obras reconocidas por su calidad a muy poco de establecida la imprenta. En efecto, la participación de Biedma en la “Segunda Exposición de la Sociedad Científica Argentina”, realizada en el Teatro Colón en julio de 1876, en la que se exhibieron diferentes objetos y elementos de distintas ramas de la industria para ser evaluados y premiados por un jurado de especialistas, es una muestra temprana de la aprobación con que fueron recibidas sus ediciones. En la sección que incluía el rubro “Tipografía”, dividido en

³ Alejandro Eujanián (2007) señala que en 1855 el *Almanaque comercial y guía de forasteros para el Estado de Buenos Aires*, de Héctor Varela, registraba la existencia de once librerías en la ciudad de Buenos Aires, número que crecería a dieciocho en la década de 1870. El Censo Municipal de 1887 consignaría un centenar de librerías en la zona del casco histórico.

“productos de fundición” y “productos de imprenta”, se presentaron Ángel Estrada y su Fundición Nacional de Tipos para el primero, y las imprentas de *La Tribuna*, Pablo E. Coni, *Le Courier de la Plata*, Carlos Casavalle y Martín Biedma para el segundo. La nómina de quienes obtuvieron las medallas de premiación ofrece un panorama de cuáles eran, en ese momento, las empresas más valoradas entre las dedicadas a la impresión: en su área –y en este caso previsiblemente, no solo por la destacable calidad de sus productos de fundición, sino porque era el único que se había postulado– Ángel Estrada obtuvo el premio por la colección de tipos y viñetas producidos en su taller; en la categoría “productos de imprenta”, en cambio, la competencia era importante, ya que los impresores Coni y Casavalle tenían trayectoria y visibilidad considerables. Hijo de librero, y tipógrafo graduado en París, Coni había contribuido desde su llegada al Río de la Plata a la transformación del oficio. Las obras producidas en el taller de su imprenta, fundada en Buenos Aires en 1863, se distinguían por estar compuestas de acuerdo con las técnicas editoriales más modernas. Coni había traído tipógrafos formados, como él, en la escuela de gráficos de París, con la preocupación de que sus productos estuvieran de acuerdo con las “reglas del arte” propuestas en los manuales de tipografía más reputados, como el de Bodoni, quien había revolucionado, hacia el siglo XVIII, la práctica de la tipografía (Grondona 1990: 36). Carlos Casavalle, impresor, librero, bibliófilo coleccionista y editor, en un sentido del término más cercano al actual, colaboró activamente en ciertos proyectos editoriales definidos por sus relaciones con los principales letrados de la época, de quienes publicaría sus obras: así, durante la primera etapa de su establecimiento imprime las poesías de Bartolomé Mitre, *Rimas*, en 1854, y dos décadas más tarde su *Historia de Belgrano*, que sería, de acuerdo con Buonocore (1974: 57), el mayor éxito comercial de la librería; entre 1870 y 1874 editó junto con Juan María Gutiérrez las *Obras Completas* de Esteban Echeverría, que pese a no haber tenido éxito comercial adquirirían una importancia simbólica fundamental como parte de un proyecto de rescate y ordenamiento del pasado literario y cultural nacional, que los motivaba. Casavalle también publicaría, entre 1871 y 1877, la *Revista del Río de la Plata*, dirigida por Andrés Lamas, Vicente Fidel López y Juan María Gutiérrez, y la *Historia de la República Argentina* de Vicente Fidel López, en diez volúmenes, entre 1883 y 1893.

La exposición de la Sociedad Científica Argentina ponía el foco en la confección material de las obras presentadas, entre las que fueron destacadas las producidas por tres imprentas: “Las imprentas de los señores Coni, Casavalle y Biedma han presentado una extensa variedad de productos notables, que han dejado fuera de toda competencia a las restantes”, se indica en el fallo del jurado (Candioti 1890: 407). Finalmente, el veredicto otorgaría a Biedma la medalla de oro, a Coni la de plata, y a Carlos Casavalle una mención honorífica, en una votación cuyo criterio había sido evaluar la “elegancia, claridad y belleza de la impresión”.

De este modo, a poco de comenzar su proyecto, Biedma es reconocido ente los impresores más importantes de la ciudad de Buenos Aires, y sus cuidadas impresiones le valdrán más premios: en enero de 1877 participará de la exposición de manufacturas argentinas organizada por el para entonces recientemente fundado Club Industrial Argentino y obtendrá, junto con las imprentas de Coni y *La República*, el primer premio en la categoría “tipografía”; en la misma ocasión, el gobierno nacional le otorgará una medalla de plata por sus impresiones; un año después recibirá de la Universidad de Buenos Aires el “Premio al mérito”.

Es de notar, para este período, que en 1878 Biedma publica *Las neurosis de los hombres célebres*, de José María Ramos Mejía, y las *Misceláneas* de Juana Manuela Gorriti, cuyos diseños de portada exhiben una considerable variedad tipográfica.

Además de realizar impresiones de muy buena calidad, Biedma publicaba gran cantidad y diversidad de obras. Del análisis de las publicaciones consignadas en el *Anuario Bibliográfico de la República Argentina* de Alberto Navarro Viola –verdadero termómetro de las publicaciones del momento, que nos permite conocer el tipo y la cantidad de obras que producía la Imprenta Biedma– podemos concluir que, junto con el de Pablo E. Coni, el suyo fue uno de los establecimientos que más publicó entre 1879 y 1887, con un promedio de setenta producciones anuales los primeros cuatro años, y luego unas cien por año aproximadamente.

Gran parte de las obras publicadas por Biedma eran tesis presentadas en la Facultad de Medicina o en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. También imprimió, desde 1882, los programas de materias del Colegio Nacional de Buenos Aires, y textos de la administración

estatal, como los movimientos de caja de municipios y partidos de la provincia de Buenos Aires y documentos del Consejo General de Educación.

En la publicación de este tipo de escritos, que conformaban un porcentaje importante del total lanzado por las grandes imprentas porteñas, Sergio Pastormerlo encuentra una de las características del mundo editorial de la época: señala que mientras unas pocas empresas, como las de Biedma y Coni, concentraban la producción de gran parte de estos textos (englobados bajo los rótulos de “derecho”, “administración”, “pedagogía” y “medicina”), la publicación de obras literarias, por el contrario, se encontraba mucho más dispersa, dado que “muchos editaban textos literarios, y cada uno editaba pocos” (2006: 10).

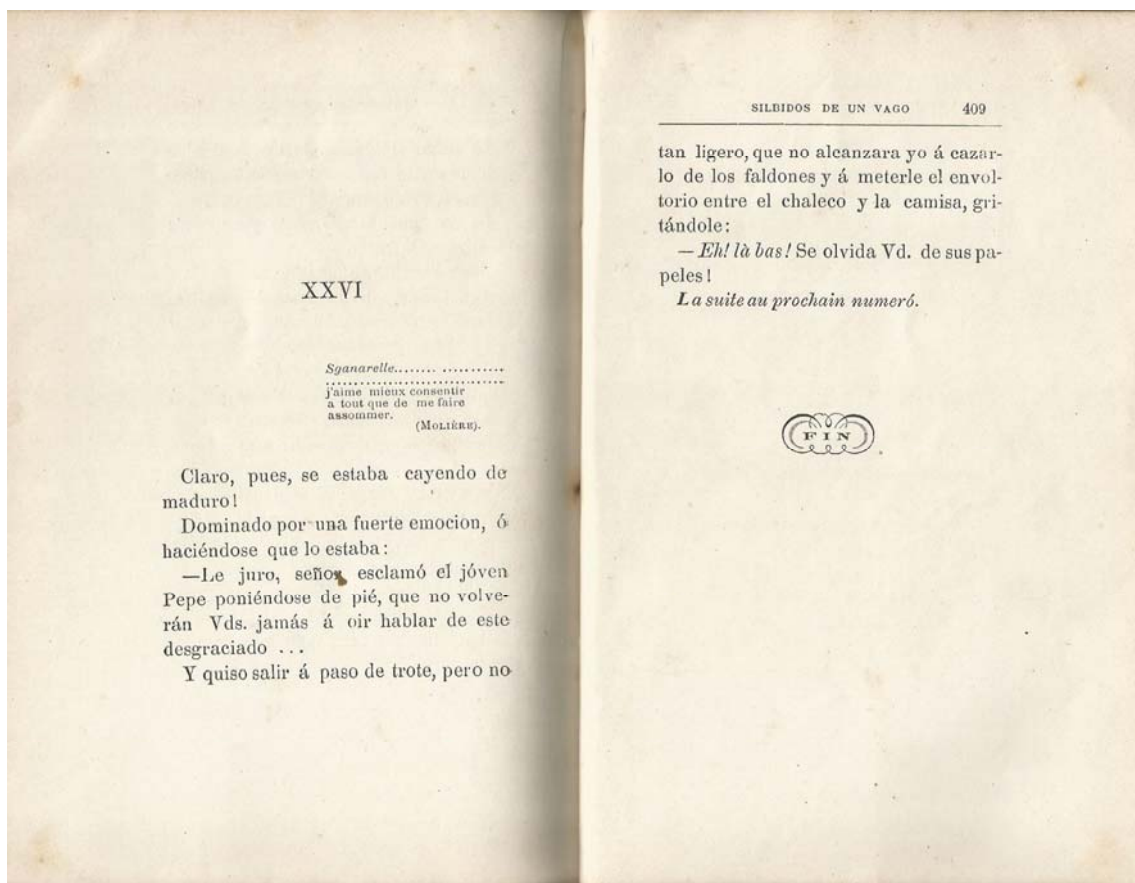
Entre las obras impresas en los talleres de Biedma en la década del ochenta no predomina la literatura, pero es un hito la publicación de la primera edición de *Potpourri-Silbidos de un vago*, en octubre de 1882, en un volumen en 8° de 409 páginas.⁴ La novela de Cambaceres, publicada inicialmente como anónima, fue un éxito de ventas que en pocos días agotó su primera tirada, por lo que debió lanzarse inmediatamente una segunda, esta vez distribuida por la Librería Europea de Luis Jacobsen.⁵ Si bien Biedma imprimiría otras novelas importantes, como *Fruto Vedado*, de Paul Groussac, en una edición de lujo de la que se tiraron solo 15 ejemplares, o *La gran Aldea* de Lucio V. López, ambas en 1884, la repercusión que tendrían no se equipararía con la de la novela de Cambaceres, que se convirtió en un verdadero fenómeno, fundamentalmente por su tono desenfadado, el anonimato del autor y las controversias a que dio lugar. Asimismo, en las reseñas que diversos periódicos y revistas publicaron en torno a la salida del libro,⁶ se destaca su confección gráfica y material, y se hace hincapié en la excelencia de la edición, su elegancia y la adecuada elección del formato, cómodo para la lectura. El libro, de hecho, fue impreso con suma prolijidad, lo que se evidencia en la perfecta distribución de tinta de los caracteres, el interlineado regular y con buena separación, y la generosa medida de los márgenes, que hace que el conjunto de texto se vuelva más amable a la vista, además de representar un mayor gasto de papel. Este, a la vez, era de excelente calidad –característica dada tanto por su blancura como por su grueso gramaje, que no permitía que se transparentara la caja impresa– y estaba satinado, lo que completaba la presentación refinada del volumen.⁷

⁴ De acuerdo con José Martínez de Sousa (1974), la medida estándar del volumen en 8° (o *in-octavo*) era de 11 x 16 cm, aunque podía haber diferencias de acuerdo con el tamaño que los diversos fabricantes de papel les dieran a sus pliegos. En relación con sus dimensiones, Alejandra Benítez indica que los formatos *in-octavo* “se imponen por ser fácilmente transportables y en algunos casos menos costosos” (1998: 47).

⁵ Una nueva edición en vida del autor se realizaría en 1883, en París, por la Librería española y americana de E. Déné. Cymerman (2007: 589) menciona una cuarta, ese mismo año y por la misma imprenta, que no he podido ver. Para una historia de esta casa de impresión, véase, en este dossier, el artículo de Diana Cooper-Richet.

⁶ Sigo aquí las notas y reseñas sobre *Potpourri* que reúne Claude Cymerman (2007).

⁷ A propósito de las características del papel, José Martínez de Sousa indica que “cuando la obra merece una presentación esmerada, el papel suele ser satinado, y su calidad oscila según los gustos del editor, lo mismo que su blancura, cualidad muy importante del papel” (1974: 212).



Páginas finales de la elegante edición de Biedma

Al observar el aspecto de gran parte de las obras impresas por Biedma, podemos notar una especial preocupación por el cuidado de las características materiales de sus productos, esas que le valieron galardones y que fueron tan reconocidas en *Potpourri*.

Para lograr esa calidad, Biedma no solo contaba con buena maquinaria y adecuados objetos de imprenta, sino que también fomentaba la mayor profesionalización y bienestar de sus trabajadores. La imprenta empleaba, a fines de la década de 1870, a unos treinta y cinco operarios. Los diferentes incentivos que allí se otorgaban, y que en general los talleres gráficos no ofrecían, ponen de manifiesto una mirada innovadora por parte del propietario. Por ejemplo, la suya era la única imprenta con reglamento interno, y mantenía una caja de socorros a la que tanto el dueño como los empleados aportaban, iniciativas que le valieron los elogios de la Sociedad Tipográfica Bonaerense.⁸ En cuanto a la *expertise* de sus operarios, con el objetivo de alentar el buen desempeño Biedma otorgaba premios internos a quienes mejor desarrollaban sus tareas, y realmente parecía haber convertido el taller en un espacio que estimulaba, desde lo simbólico, la formación profesional y personal del obrero: además de poner a su disposición una biblioteca, había colocado, junto a un reglamento de actividades del taller, un busto de Gutenberg, creador de la imprenta moderna, y, casi como un eco sarmientino, un retrato del político, imprentero e inventor norteamericano Benjamin Franklin, encarnación del *self-made man*.

⁸ En el apartado que dedica a la imprenta, Ugarteche (1929: 376) incluye referencias a las memorias de directorio de la Sociedad Tipográfica Bonaerense de mayo de 1877 y 1880, en que además de destacarse que “el Sr. D. Martín Biedma ha demostrado con hechos interesarse por la mejora del arte y dignificación del obrero”, se pretende que “el ejemplo cunda en toda la tipografía nacional”.

También se exponían, en las paredes, algunos cuadros con trabajos producidos en la casa, además de dos grabados con imágenes que ilustraban la educación del operario y al operario en familia.⁹

Hacia 1889 el pie de imprenta de las obras producidas en los talleres de Biedma indica un cambio de dirección: se ha mudado a Bolívar 535, última locación hasta su cierre. En esta última etapa, en que Biedma dedica mayor tiempo a la actividad política (como concejal durante varios períodos y, brevemente, como intendente interino de la ciudad de Buenos Aires), comienza a hacerse cargo del negocio su hijo Martín José, lo que se pone de manifiesto en el nombre del establecimiento, que pasará a ser “Martín Biedma e hijo”. No era raro que el oficio de imprentero se heredara: otro tanto sucedió con Pablo E. Coni, que en 1886 incorpora a sus hijos a la empresa, a la que nombra como “Imprenta de P. Coni e Hijos”; con el taller de Guillermo Kraft, que luego de su muerte dirige su hijo, y con el mismo Ángel Estrada, a quien también le sucede uno de sus descendientes.

De esta última etapa de la casa Biedma merece mencionarse la impresión de los dos tomos de *Viajes y observaciones*, de Eduardo Wilde, en 1892, y en 1910, año del Centenario, los diez tomos de la monumental *Antología de poetas argentinos* que realiza Juan de la C. Puig. De presentación lujosa, y con una tirada considerable, muy bien distribuida y de gran circulación, estos volúmenes dan cuenta de que el estándar de calidad del establecimiento, que fue su signo distintivo, se mantuvo hasta el último tiempo. Martín Biedma muere en 1909, y su hijo al año siguiente, con lo cual posiblemente la *Antología* haya sido la última obra realizada en los talleres de la imprenta.

⁹ Para la descripción del taller de Biedma sigo el ya referido artículo de *El Industrial* (citado por Ugarteche, 1929).

BIBLIOGRAFÍA

- BENÍTEZ, Alejandra (1998). “La anatomía del libro”. Roberto Doberti, Enrique Longinotti y Alejandra Benítez, *La biblioteca imaginaria. Antiguos libros de la FADU*, Buenos Aires, Eudeba, 31-47.
- BUONOCORE, Domingo (1974). *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Buenos Aires, Bowker editores.
- CANDIOTI, Marcial (1890). “Revista del archivo de la Sociedad Científica Argentina”. *Anales de la Sociedad Científica*, Tomo XXIX, Entrega I, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni e hijos: 400-427.
- CYMERMAN, Claude (2007). *La obra poética y literaria de Eugenio Cambaceres (1843-1889): del progresismo al conservadurismo*, Buenos Aires, Corregidor.
- EUJANIÁN, Alejandro (2007). “La cultura: público, autores y editores”. *Liberalismo, Estado y nuevo orden burgués (1852-1880)*, Marta Bonaudo (directora del tomo), *Nueva Historia Argentina*, Tomo IV, Buenos Aires, Sudamericana, 545-605.
- GARONE GRAVIER, Marina y Fabio ARES (2014). “Letras Argentinas: una mirada a la industria tipográfica del siglo XIX a través de la Fundación Nacional de Tipos para Imprenta de la familia Estrada”. *Letras históricas* 9: 115-146.
- GRONDONA, Iván (1990). *La Imprenta Coni*, Buenos Aires, San Telmo, 1990.
- MARTÍNEZ DE SOUZA, José (1974). *Diccionario de tipografía y del libro*, Barcelona, Editorial Labor.
- Pagni, Estela et al (2013), *Viñetas: imágenes gráficas, estampas y tipografía en técnicas del pasado. 1858-1958*, Buenos Aires, Dirección general de Patrimonio e Instituto Histórico.
- PICCIRILLI, Ricardo et al (1953). “Biedma, Martín”. *Diccionario histórico argentino*, Tomo I, Buenos Aires, Ediciones Históricas Argentinas, 580.
- PASTORMERLO, Sergio (2006). “1880-1899. El nacimiento de un mercado editorial”. *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, José Luis de Diego (director), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1-28.
- UGARTECHE, Félix de (1929). *La imprenta argentina. Sus orígenes y desarrollo*, Buenos Aires, Talleres gráficos Canals.
- ZEBALLOS, Estanislao (1876). “Visita a la Fundación Nacional de Tipos”. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Entrega I, Tomo I, Buenos Aires: Imprenta de Pablo E. Coni: 142-157.